

---

C. M. GALLI, *Dios vive en la ciudad. Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida*, Buenos Aires, Ágape, 2011, 367 pp. Nueva edición corregida y aumentada 2012.

---

En el Prólogo de la obra, “Pensar la pastoral urbana” (11-21), el autor hace su homenaje a cuatro precursores argentinos “en pensar la ciudad, la evangelización de la cultura y la pastoral urbana” (11), cuyos nombres son: H. Mandrioni, L. Gera, D. Castagna, C. Giaquinta; se podría decir que el mismo Galli también se encuentra entre los precursores de estos temas, siendo parte de las generaciones que siguieron a los pensadores referidos, como lo muestran sus numerosas contribuciones citadas en este libro (cf. 33-38). Conviene volver a citar el inicio del prólogo, que expresa la finalidad del texto: “esta obra desea pensar la pastoral urbana, a la luz de Apa-

recida, centrada en el Dios con rostro humano y urbano” (11) y, más adelante, cuando explica: “pensaré el tema *a la luz de Aparecida*”, “siguiendo un ritmo ondulante de ida y vuelta entre el llamado a la misión permanente y la propuesta de una nueva pastoral urbana” (18). En efecto, el título del libro está tomado de Aparecida (cf. A 514) y formula una afirmación que brota de la fe: Dios está presente en la historia, *Dios vive en la ciudad* (cf. 14). Tiene el mérito de ser el primer libro sobre la pastoral urbana escrito en Argentina: “es la obra de un pensador solitario que incorpora lo que ha visto y oído, junto con aportes de obras de exégesis, teología, filosofía, historia, literatura, antropología, sociología y derecho” (16). Esta obra se dirige ante todo, a quienes se dedican a la formación de presbíteros, agentes pastorales y catequistas, a los que colaboran en distintas tareas de la pastoral urbana (cf. 17).

La estructura del libro se

presenta a través de cuatro partes, de tres capítulos cada una; de forma sucinta se podría decir que la primera introduce, la segunda hace historia, la tercera profundiza y la cuarta proyecta. Las fuentes bíblicas, magisteriales y teológicas atraviesan todo el texto, ofreciendo variedad de perspectivas y puntos de síntesis. El epílogo, dedicado a la ciudad Santa María de los Buenos Aires, constituye una bella recapitulación y recreación del conjunto. La obra se acompaña de tres anexos (339-367) —a los que se incorpora un cuarto en la nueva edición—, precedidos por tres imágenes de la ciudad: el Anexo I contiene Textos sobre pastoral urbana en los documentos finales de las tres últimas Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano (Puebla 1979, Santo Domingo 1992, Aparecida 2007). El Anexo II reproduce las Conclusiones del Encuentro sobre Cultura Urbana y Conversión Pastoral a la luz de Aparecida en el horizonte de la Misión Continental (Buenos Aires 2010). El Anexo III propone las Conclusiones del Encuentro de Obispos responsables de promover la misión continental y la renovación de la parroquia de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe: Criterios para la conver-

sión pastoral y la renovación misionera de la diócesis y la parroquia a la luz de Aparecida (Lima 2010). La nueva edición de 2012 incluye un Anexo IV con las Palabras iniciales del Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Card. Jorge M. Bergoglio s.j., en el primer congreso regional de pastoral urbana: Dios vive en la ciudad. En fin, *Dios vive en la ciudad* es una obra completa y necesaria en nuestro ámbito, para pensar y ensayar desde múltiples perspectivas una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida.

La Primera Parte, “La Iglesia y la ciudad” (23-65), se organiza en tres capítulos. El capítulo 1, “Una mirada a la pastoral urbana” (25-38), tiene por objeto ubicarnos en el contexto de la Conferencia de Aparecida hacia un nuevo Pentecostés, en el ámbito disciplinar de la teología pastoral y en el itinerario de reflexión del autor sobre la pastoral urbana. La Conferencia de Aparecida, “un acontecimiento de comunión eclesial, latinoamericano y caribeño, que se expresa en un documento pastoral y propone un proyecto misionero” (25), incluye “la propuesta de promover una nueva pastoral urbana (A 509-519)” (28). La teología pastoral, para el autor, “analiza la acción pastoral de la Iglesia

en la historia” (31), lo cual hace que se distinga de la eclesiología; él considera que la teología pastoral se ubica “en el cruce entre el contenido teologal y la situación histórica” (31). Agrega que “una *teología pastoral de la ciudad* integra la mirada histórica, la lectura teórica y la experiencia práctica” (31). La teología argentina ha recorrido en la última década muchos senderos creativos, aunque la pastoral urbana no está muy desarrollada. En el Prólogo, el autor decía que “ella [la pastoral urbana] es una frontera y un horizonte para nuestro conocimiento y nuestra acción” (14). En cuanto a la trayectoria de reflexión que el autor explicita (cf. 33ss), además de su participación especial en el encuentro sobre *Cultura Urbana y Conversión Pastoral a la luz de Aparecida, en el horizonte de la Misión Continental*, celebrada en marzo de 2010 por la Sección Cultura del Departamento Cultura y Educación del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), se destacan otros hitos que expresan el testimonio de un pensamiento “en el curso de una biografía intelectual y eclesial” (34). Los diversos aportes de Galli nos permiten valorar positivamente su deseo de “incentivar la reflexión para *cooperar con la obra en la*

*marcha de una nueva pastoral urbana a la luz de la Conferencia de Aparecida*, lo que convoca a la inteligencia teológica y al amor pastoral” (38).

El capítulo 2, “La ciudad y la Iglesia” (39-51), se desarrolla desde tres perspectivas diversas. La primera es histórica-cultural y aborda la morada humana desde la casa y la ciudad, refiriendo algunos aportes históricos y otros contemporáneos como Gera, Mandrioni, Tello y González de Cardedal. Algunas afirmaciones salientes del autor son que “la ciudad es *un modo de estar en el mundo*” (39), “simboliza la cultura moderna” (41), “*es como el cuerpo real y simbólico de una comunidad*” (43). La segunda perspectiva es histórico-bíblica, se inspira en el Documento de Aparecida (cf. A 513) y trata sobre la Iglesia de Dios en la ciudad del hombre, desde los orígenes cristianos hasta la irradiación en el medio urbano del mundo mediterráneo; en esta sección se destacan los aspectos bíblicos neotestamentarios que sirven de fundamento a una visión de la Iglesia como “*la reunión de los ciudadanos de Dios* que representa al pueblo mesiánico constituido *en y para una ciudad* en sus espacios públicos, no sólo en los recintos privados” (46). La tercera pers-

pectiva es sistemática y considera los nexos entre la ciudadanía y la eclesialidad. En esta sección, el autor remite a la renovación eclesiológica del Vaticano II, al destacar que “la mayoría de los miembros del Pueblo de Dios en América Latina son laicos y laicas” (48); reflexiona sobre la subjetividad de toda la Iglesia y de todos en la Iglesia y su relación con el magisterio de Juan Pablo II en el ciclo jubilar, con la prioridad a los sujetos de la comunión; y se refiere al ser-sujeto como componente básico de la ciudadanía (M. Eckholt), agregando “que hay un nexo profundo entre la dignidad humana y/o cristiana, y la subjetividad civil y/o eclesial” (51).

El capítulo 3, “La Iglesia y la ciudad en América Latina” (53-65), concentra su atención en el lugar de la Iglesia católica en la cultura latinoamericana y la presencia del catolicismo en el mestizaje cultural latinoamericano. En el marco de un recorrido histórico que se abre con la primera evangelización (cf. 53ss), el autor destaca la posición profética de la Iglesia en el bautismo de los indígenas y el aprovechamiento que ella hizo de la organización urbana colonial. La política urbanizadora de España asumió algunos principios de la obra *De Regimine Principium* de Santo Tomás;

cada ciudad o pueblo se organizó por medio de un nombre y un patrono en su fundación. En este contexto, se recuerda que en la Argentina, “la imagen más común de Nuestra Señora de Luján tiene escrita esta frase: *La Virgen de Luján es la primera fundadora de esta villa*” (57), expresión de nuestro continente marcadamente mariano. En la segunda sección del capítulo, se trata del catolicismo en la comunidad latinoamericana de los pueblos. Se propone que “América Latina es *una unidad plural*” (58), lo que “supone reconocer a una familia de pueblos que comparte un camino histórico, un perfil propio y un acervo cultural, con diferencias locales, regionales y nacionales que matizan y enriquecen su unidad” (59). El autor retoma la Conferencia de Puebla para afirmar que “las ciudades latinoamericanas se caracterizan, mayormente, por su *mestizaje cultural* (DP 409, 307, 446)” (60) y añade que este mestizaje cultural se concretó en la cultura barroca del humanismo católico latinoamericano. En este marco, se añade que Pedro Trigo analiza un segundo mestizaje cultural en muchos barrios populares y se recuerdan las perspectivas de hibridación cultural presentadas por N. G. Canciani. Como retrospectiva históri-

ca se afirma que “la Iglesia católica es la única institución presente en todo el espacio y el tiempo de América Latina desde 1492” (63) y que, desde 1955, ella tendió puentes de comunión en las cinco Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano.

La Segunda Parte, “Del Concilio Vaticano II a Aparecida” (67-120), también cuenta con tres capítulos. El capítulo 4, “Del Concilio a Puebla: evangelización y nueva civilización” (69-81), introduce los aportes de *Gaudium et spes*, de la II Conferencia de Medellín y del magisterio de Pablo VI que preparan el camino a la III Conferencia de Puebla. El tema de “la gran ciudad como un nuevo signo de los tiempos” (69) está justificado ampliamente en nuestra región, por cuanto “*América latina es la región del mundo con más alto índice de urbanización*” (76). Junto a otros hitos históricos, se rescata el discernimiento del nuevo fenómeno urbano realizado en 1971 por Pablo VI en *Octogesima adveniens* (cf. 73) y el tratamiento sobre la ciudad latinoamericana en la Conferencia de Medellín. También se destaca, como preparación a Puebla, el aporte de Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* (=EN) sobre “evangelizar la cultura” –aunque este do-

cumento no menciona ni la ciudad ni la parroquia (cf. 80)– y su recepción argentina, estudiada por la reciente tesis doctoral de Antonio Mario Grande, *Aportes argentinos a la teología pastoral y a la nueva evangelización* (Buenos Aires, Ágape, 2011), dirigida por el autor.

El capítulo 5, “La novedad de Puebla: evangelizar la cultura de la ciudad” (83-101), enfoca el aporte de Puebla en el horizonte abierto por EN y desarrolla la novedad sobre cultura y evangelización, la mediación de la religión y la propuesta de evangelizar la/s ciudad/es moderna/s. Sobre la evangelización de la cultura en el documento de Puebla, caracterizado por el autor como “una suma pastoral para los años ochenta” (83), rememora el capítulo sobre la evangelización de la cultura redactado por L. Gera (cf. DP 385-443) y define la cultura como una realidad histórica y social (DP 392), en la cual se destaca la dimensión religiosa (cf. DP 386). Galli habla del núcleo ético-religioso de la cultura; de hecho, Puebla aprovechó la revalorización de la religiosidad popular católica que se hizo en el post-Medellín (cf. DP 446-469). En el capítulo de la ciudad (cf. DP 429-433), se presenta el advenimiento progresivo de la civi-

lización o cultura urbano-industrial, con el reto de asumir y discernir el desafío de la cultura urbana con sus aspectos positivos y negativos. En el momento del obrar, se habla de nuevas estructuras eclesiales y Pastoral de la ciudad (cf. DP 152, 441). El autor ha realizado aportes en el post-Puebla sobre el desafío pastoral de la gran ciudad y las relaciones entre la Iglesia local y la ciudad (1986); posteriormente sobre la naturaleza de la iglesia particular y/o local y su relación teológica e histórica con una determinada comunidad socio-cultural (cf. 99ss).

El capítulo 6, “De Puebla a Aparecida: la inculturación urbana del Evangelio” (103-120), profundiza los aportes de la *Redemptoris missio* (=RMi) de Juan Pablo II y de la IV Conferencia de Santo Domingo en América Latina, en orden a pensar la nueva pastoral urbana. En RMi se ubicó el tema de la pastoral urbana en el marco de la concepción de la nueva evangelización, entre los “nuevos areópagos” que incluyen a las inmensas ciudades pobres del sur del mundo (37b). En Santo Domingo, se habló de la inculturación del Evangelio en la cultura urbana; el autor subraya la novedad de la expresión “evangelización inculturada”

(SD 15 y otros). La IV Conferencia también hizo mención especial de las enormes periferias de la pobreza y la indigencia, en relación con lo cual el autor comenta que “*la pastoral urbana se juega, sobre todo, en las megalópolis pobres del sur del mundo*” (115). En el post-Santo Domingo, la exhortación *Ecclesia in America* de Juan Pablo II planteó el desafío de renovar comunidades parroquiales y el CELAM tomó iniciativas para responder a los retos de la cultura urbana; en este contexto, en la Argentina, se publicaron estudios y se editaron subsidios de contenido canónico-pastoral sobre la parroquia y el párroco (cf. notas 186-187 en pág. 119). El autor también hace mención a la labor reflexiva del *Espacio de Pastoral Urbana* surgido en 1996 en la Arquidiócesis de México (cf. 120).

La Tercera Parte de la obra, “La presencia de Dios en las ciudades” (121-200), considera el tema en la V Conferencia de Aparecida. El capítulo 7, “Aparecida: una pastoral urbana para comunicar la Vida plena” (123-151), profundiza la propuesta de una nueva pastoral urbana más misionera. Luego de introducir y orientar la lectura del documento conclusivo, se destaca la misión como “un tema que atraviesa el

documento, una clave para su lectura y un elemento determinante del proyecto” (125). Una novedad de Aparecida fue proponer la misión para dar vida plena en Cristo y otra fue incitar a un estado permanente de misión: el *estado* de misión se convierte en un permanente *movimiento* de misión (129ss). Lo más importante parece estar en que, en Aparecida (cf. A 509-519), “la pastoral urbana experimenta una evolución cualitativa” (133): en el momento del “ver”, se abre una mirada compleja a la cultura urbana; se constata que la vida pastoral y la piedad popular están asumiendo o deben asumir creativamente los lenguajes y símbolos de nuevas culturas y que hoy las nuevas metrópolis presentan enormes desafíos. En el momento del “juzgar”, se propone un discernimiento de la presencia del “Dios con rostro urbano”, bajo el *leit-motiv*: Dios vive en la ciudad (A 514); en esta afirmación se expresa la novedad del núcleo teológico: Dios habita en la vida de las personas de la ciudad, en medio de alegrías, anhelos y esperanzas como también dolores y sufrimientos. El autor comenta que “por nuestra fe creemos en un *Dios con rostro humano y urbano* que, a través de Jesucristo, ha puesto su carpa en-

tre nosotros, los hombres, para vivir en nuestros corazones y ciudades” (141), remitiendo a su obra *Jesucristo: camino a la dignidad y la comunión. La cristología pastoral en el horizonte del Bicentenario. De Líneas Pastorales a Navegar mar adentro* (Buenos Aires, Ágape, 2010). El capítulo concluye con la propuesta de “líneas de una nueva pastoral urbana más misionera” (147-151) retomando los aportes de Aparecida (A 517); “una nueva pastoral urbana fomenta la descentralización evangelizadora, comprende la parroquia como comunidad de comunidades, apuntala a las comunidades ambientales en el nivel diocesano e interdiocesano y promueve la presencia cristiana en centros de decisión de la ciudad, tanto en las estructuras administrativas como en las organizaciones comunitarias” (151).

El capítulo 8, “La fe en la presencia de Dios en la vida de las ciudades” (153-176), piensa el anuncio de Dios, la contemplación de su presencia y el reconocimiento de su providencia. La primera tarea propuesta es “anunciar al Dios viviente que habita entre los hombres” (153-158). El autor recuerda que la Iglesia argentina, en la últimas dos décadas, formuló el contenido evangelizador tanto en las *Lí-*

*neas Pastorales para la Nueva Evangelización* (=LPNE) como en *Navega mar adentro* (=NMA). Como síntesis se propone que “la pastoral urbana debe descubrir el deseo de Absoluto que late en los corazones y presentar la fe en Dios-Amor, que fortalece la dignidad humana y conduce a una vida en comunión” (155). La segunda tarea es “contemplar la presencia salvadora de Dios en la vida ciudadana” (159ss). Entre los desafíos se propone: discernir el fenómeno sociocultural urbano; escuchar la voz del Señor que resuena en la intimidad de las conciencias en las vicisitudes ciudadanas; recrear el lenguaje simbólico y ritual en diálogo con el catolicismo popular; impulsar una espiritualidad urbana, laical y popular; favorecer una experiencia religiosa auténtica e integral en la oración y la liturgia. Sobre la espiritualidad urbana se afirma que ella “asume, purifica y renueva la experiencia de la ciudad para que sea un ámbito de encuentro con Dios” (163). Como tercera tarea se propone “reconocer la Providencia de Dios en la libertad del hombre urbano” (168ss). El autor sostiene que “estamos llamados a discernir si la búsqueda de la autonomía racional es total o tiene *una integración inteligente*

*con la revelación*” (169). Hace falta una nueva alianza entre fe y razón, entre el fideísmo fundamentalista y autoritario, y el racionalismo secularista y relativista. Los cristianos están llamados a descubrir la acción de Dios en el interior de la libertad humana; en este contexto y en referencia a la religiosidad popular católica, se hace mención del santuario San Cayetano de Liniers. Por último, también se afirma que, en la ciudad, “se requiere una sensibilidad para *percibir la presencia de Dios también en los signos de su ausencia*” (175), es decir, ser capaces de descubrir a Dios precisamente allí donde es marginado y la justicia no llega.

El capítulo 9, “La presencia de Dios, fuente de comunión ciudadana” (177-200), articula la reflexión por medio de cuatro acciones principales: asumir, evangelizar, promover y transformar.

La primera sección se ocupa de “asumir los desafíos antropológicos del ethos urbano” (177ss) y presenta una nueva pastoral urbana no sólo *para* el pueblo, sino *con y desde* el pueblo de cada ciudad –retomando el autor sus reflexiones de 1986–. Además, valora el aporte de las ciencias sociales y las hermenéuticas culturales para identificar la gran ciudad y sugiere, ante la



globalización de los sentimientos, un nuevo modo de evangelizar a través de la vía afectiva, simbólica y comunicacional. La segunda sección se concentra en “evangelizar en y desde la(s) cultura(s) de los barrios” (180ss). La ciudad se concreta en barrios, un barrio es un gran vecindario y la pastoral barrial debería asumir y renovar el sentido de pertenencia. El autor menciona el aporte de Trigo en la obra *La cultura del barrio* y su visión de los barrios como ámbitos de la cultura mestiza suburbana. Según él, “la perspectiva pastoral de la ciudad, vista en su unidad, se completa y concreta en una pastoral de los barrios, considerados en sus diversidades” (182); se debe evangelizar inculturándose en la(s) cultura(s) de los barrios y ciudades (184). La tercera sección, “Promover una cultura del encuentro, la comunión y la integración” (187ss), hace pie en las luces y sombras de la vida urbana. En las megalópolis se produce el desarraigo cultural, la atomización, lo cual es terreno propicio para nuevas ofertas espirituales, cristianas y no cristianas; desafía la capacidad de crear una verdadera cultura del encuentro. La Iglesia debe aprovechar las comunicaciones urbanas para promover nuevos lazos de

unión, justicia y equidad. Surge la oportunidad para “*crear una verdadera cultura del encuentro*” entre diversos imaginarios (190) y “*una pastoral del vínculo y los vínculos*” (191), a la vez que para fomentar la amistad social. Una cuarta sección está dedicada a “Transformar la nueva Babel en un nuevo Pentecostés” (195ss). Se constata una pluralidad de imaginarios y mentalidades que coexisten y se fusionan en espacios urbanos; la ciudad local y el mundo global se reconocen bajo nuevas figuras de la mítica Babel. Se propone que la dispersión de Babel puede ser reinvertida por la comunión de Pentecostés, ya que Pentecostés es el signo visible de diálogo entre las culturas (cf. 197). Para el autor, “una teología del Pueblo de Dios y de su relación con los pueblos y las ciudades comienza en Babel, sigue en Pentecostés y culmina en el Apocalipsis” (198): “*el destino de los pueblos es la Ciudad de Dios*” (199); los pueblos marchan a la nueva Jerusalén.

La Cuarta Parte, “Conversión a una nueva Pastoral Urbana” (201-291), contiene tres capítulos. El capítulo 10 se titula “Mediaciones y comunidades urbanas para compartir la Vida en Cristo” (203-234) y está “al servicio de una pastoral que acentúe

el primado de Dios y renueve los vínculos ciudadanos” (203). En la primera sección, dedicada al lenguaje de las mediaciones afectivas, el autor sostiene que “la pastoral urbana exige *mejorar la mediación humana en la experiencia religiosa*” (204), integrando las mediaciones antropológicas, sagradas y simbólicas del libro del espíritu humano (H. Mandrioni). También sostiene que “hay que *fortalecer a la familia cristiana* como el sujeto cristiano fundamental para comunicar vitalmente el *ethos* evangélico a las nuevas generaciones” (207). En la segunda sección, sobre las mediaciones del lenguaje simbólico, se refiere a las ciudades simbólicas o territorios culturales en la misma ciudad; se trata, para él, de “aprender a discernir *los nuevos templos, símbolos y rituales seculares*” (209) y de encontrar espacios y tiempos urbanos que nos faciliten interiorizar y exteriorizar visiblemente nuestra religión (cf. 210). La tercera sección se centra en los vínculos en y entre las iglesias particulares; la Iglesia particular diocesana es presentada como un lugar privilegiado de la formación y la comunión (cf. 214ss). Para el autor, se requiere “un nuevo equilibrio entre lo universal y lo particular para integrar la eclesiología de comu-

nión de iglesias del primer milenio y la eclesiología de la Iglesia universal del segundo” (216-217), a la vez que la colaboración entre iglesias particulares, como lo propuso ya en 1999 (cf. 217), para plantear líneas pastorales comunes. La cuarta sección trata de las comunidades parroquiales y las iglesias caseras; la parroquia es la comunidad de fieles que realiza de forma local, visible, inmediata y cotidiana el misterio de la Iglesia particular (cf. 219). A diferencia de otros pastoralistas, el autor considera que el valor principal de la parroquia territorial no está en su localización geográfica, sino en que ésta es una de las condiciones para que se dé la relación de vecindad entre personas y familias, el arraigo teológico y afectivo (cf. 220); también sostiene, retomando otro aporte de 2010 a la luz de Aparecida, que la parroquia debe ser “una comunidad misionera de comunidades misioneras” (cf. 225). La sección se completa con el concepto iglesia de la casa, entendida como “reunión de una comunidad de cristianos en una residencia familiar” (227); la iglesia casera muestra el valor de la casa para la vida eclesial en su dimensión misionera. La quinta sección se dedica a los santuarios y los centros de espiritualidad: los santua-

rios urbanos, suburbanos y rurales son una riqueza mística de nuestro catolicismo; los centros de vida espiritual y acompañamiento pastoral, en iglesias animadas por religiosos/as o instituciones formadas y dirigidas por laicos/as, ofrecen atención personal y personalizada. El autor hace referencia al Centro de atención espiritual Santa Catalina de Siena de Buenos Aires y a su participación en esta experiencia pastoral de 1985 a 2011.

El capítulo 11, “Salir al encuentro de las periferias” (235-263), se detiene en el tema de los pobres, los alejados, los migrantes urbanos, las nuevas formas de la piedad popular y las misiones populares. Las tres primeras secciones introducen al tema en el horizonte de Aparecida: la pastoral urbana se entiende como movimiento permanente de ida y vuelta, un ir hacia las periferias humanas y convocar a un centro cristológico y eucarístico. Aparecida refiere esta presencia del rostro de Cristo Pobre en los pobres dando tres listas de sus rostros sufrientes (A 65, 402, 407-430). La presencia de la Iglesia en barrios de las periferias –territorial, humana, existencial– es una de las prioridades de la pastoral en Latinoamérica; en la Argentina, se enfatiza la presencia sacer-

dotal en las villas porteñas (cf. 240ss). Aparecida también insiste en ir hacia todos los alejados y lo hace aclarando que son fieles abandonados del cuidado pastoral ordinario de la institución eclesial (A 323); se abre así un nuevo paradigma misionero dirigido al corazón de los que están o se sienten alejados, a fin de reencantarlos con la Iglesia (cf. 245). La cuarta sección dirige su atención a los nuevos migrantes: la Iglesia acompaña con su pastoral de movilidad humana; se ofrece una caracterización del fenómeno migratorio en la Argentina, en diversas ciudades latinoamericanas y en zonas de tradición hispana; también se menciona la aportación del autor en una reunión convocada por el CELAM y la Comisión de los Episcopados para la Unión Europea (cf. 251-252). Las últimas dos secciones plantean otras dos tareas de la pastoral urbana: reconocer las nuevas formas de piedad popular y renovar las misiones populares urbanas y suburbanas. “La pastoral urbana debe asumir, purificar y recrear las distintas formas de la espiritualidad católica popular” (255); en los barrios urbanos y suburbanos, se “debe *potenciar el servicio evangelizador de los agentes apóstolicos y los nuevos misio-*

*neros a la religión popular*” (257). Se mencionan algunas expresiones de misiones populares en/desde Buenos Aires: el apoyo al peregrino que organiza desde 1998 el Seminario Metropolitano en la peregrinación a Luján, documentado por el autor en otra obra anterior –en colaboración– sobre esta peregrinación; la *Carpa misionera de la Virgen de Luján* promovida en la diócesis de Quilmes, *la Peregrinación misionera a pie* con imágenes de Jesucristo y la Virgen de Guadalupe (1992-2000). Para el autor, urge renovar algunas formas de misión barrial y repensar el ejercicio del ministerio presbiteral en las culturas urbanas.

El capítulo 12, “Una nueva espiritualidad para una nueva evangelización” (265-291), considera la espiritualidad de la acción pastoral y, en particular, la necesidad de una nueva espiritualidad para animar la pastoral urbana, desde sus fundamentos teológicos (cf. 265). La primera sección, la convocatoria eclesial a la santidad y la misión, sigue la inspiración de RMi 90: todo fiel cristiano por la fe y el bautismo, está convocado a ser santo y evangelizador. El panorama se completa con la propuesta de *Novo Millennio Ineunte* 31 de un programa pastoral puesto bajo

*el signo de la santidad*, que el autor fundamenta desde una eclesiología dinámica que hace de la misión su dimensión esencial. La segunda sección, la mística evangelizadora centrada en la caridad pastoral, asume un eje pneumatológico y teologal: la reflexión va desde el Espíritu Santo como agente trascendente de la misión a la primacía teologal de la acción del Espíritu. Se destaca este segundo elemento en la recepción argentina del componente espiritual de la misión (cf. LPNE 34-36); la caridad pastoral es el alma de la espiritualidad cristiana y de la santidad misionera. Todos los bautizados, llamados a ser agentes pastorales, están convocados a la plenitud del amor pastoral. La tercera sección está dedicada a la conversión pastoral para una nueva evangelización urbana, en el horizonte abierto por la Conferencia de Aparecida (cf. A 365-373). Los fundamentos de la relación entre conversión pastoral y renovación misionera se remontan a la enseñanza conciliar sobre la *ecclesia semper reformanda* (cf. LG 8c) y EN. El autor menciona su aporte de 1991 al CELAM para la Conferencia de Santo Domingo, en el cual proponía “cultivar una nueva espiritualidad pastoral para animar una nueva evangelización” (286). En

definitiva, se trata de “caminar *hacia una pastoral de la santidad urbana que desarrolle una calidad de vida más humana y sea creadora de cultura*” (R. Braun); en este marco se ofrecen algunos ejemplos en cuatro áreas de la vida eclesial: actitudes, procesos, agentes y lenguajes.

El Epílogo, que lleva el título Santa María de los Buenos Aires (293-331), se despliega en dos largas secciones: la primera sobre la fisonomía sociocultural de la ciudad porteña y la segunda acerca de la renovación misionera de la Iglesia arquidiocesana. La primera sección (294-308), centrada en la ciudad, ofrece importantes informaciones sobre los nombres de la ciudad, la población de Buenos Aires, el territorio de la ciudad, algunos procesos históricos, la formación de la megalópolis, los barrios y la ampliación del radio urbanizado, la poesía porteña de J. L. Borges y E. Blázquez, la necesaria memoria pastoral, la cultura de barrio, los procesos culturales en devenir, las virtudes y defectos de la ciudad y sus habitantes, la idiosincrasia actual de los porteños/as, la multitud urbana y suburbana, el desafío pastoral de percibir el rostro y la voz de esta ciudad. La segunda sección (308-331), relacionada con la misión

eclesial arquidiocesana, presenta consideraciones sobre la Iglesia de Buenos Aires, la conciencia histórica y pastoral, una historia que se está escribiendo, la historia de la evangelización en las parroquias, los imaginarios en las representaciones de la ciudad, la actitud contemplativa en lugares públicos, el llamado a un renovado estado de misión (Card. Bergoglio) y a una misión paradigmática y programática, el estilo pastoral basado en el vínculo cordial, el corazón místico de cada ciudad, la imagen de María, los centros para la religiosidad católica (catedral, San Cayetano, etc.), el valor religioso, sacramental y afectivo de hacerse la señal de la cruz y de pedir la bendición para las personas y los objetos, la nueva pastoral porteña centrada en los lenguajes de la esperanza y la alegría. Algunos desafíos mencionados a lo largo de esta sección son: percibir y anunciar fraterna y maternalmente que Dios, presente en Cristo, vive en nuestra ciudad; ensanchar el corazón y la misión desde el pasado, en el presente y hacia el futuro; identificar los procesos pastorales que marcaron la historia y los efectos que perduran hasta el presente; pensar la propuesta de sectorizar las parroquias existentes en unida-

des comunitarias más pequeñas; consolidar parroquias que sean comunidades misioneras de muchas comunidades misioneras; ver los efectos pasajeros o duraderos de fenómenos religiosos significativos; sopesar si la carencia de un análisis socio-pastoral sistemático y periódico de la vida porteña ha aumentado la dificultad para avanzar en una coordinación evangelizadora orgánica; contemplar la ciudad en sus símbolos culturales; acercar la Palabra de Dios escrita; construir la civilización del amor. El autor concluye con una constatación y una exhortación final: “vivimos en *la ciudad de la Santísima Trinidad* junto al puerto de *Santa María de los Buenos Aires*”, “¿tenemos conciencia de pertenecer a una ciudad inicialmente pneumatológica, trinitaria y mariana?”, “¿se enseña en las familias, parroquias y escuelas el sentido del nombre de la ciudad y el puerto?” (326-327).

A modo de recapitulación general, la Primera Parte de *Dios vive en la ciudad* es de carácter general e introductorio: el capítulo 1 ofrece las coordenadas principales del abordaje de la pastoral urbana en este estudio; el capítulo 2 problematiza sobre los ejes ciudad-ciudadanía en relación con la Iglesia presentando

una conceptualización fundamental y el capítulo 3 traza algunas perspectivas en torno al catolicismo cultural latinoamericano: Iglesia, ciudad y cultura latinoamericana son introducidas por el autor para proseguir la reflexión. La Segunda Parte, marcada por la perspectiva histórica y magisterial, muestra cómo el tema de la ciudad se fue desarrollando en relación con la misión evangelizadora de la Iglesia, aunque sólo lentamente irá tomando importancia y se analizará con relación a los pobres y excluidos. Asimismo, cabe destacar que el autor va recuperando los aportes argentinos y propios en este recorrido de la reflexión universal y latinoamericana. La Tercera Parte ofrece un centro a toda la obra con su capítulo 7, dedicado a la pastoral urbana en Aparecida; el capítulo 8 se concentra en la presencia de Dios y el 9 en la tarea de construcción de la ciudad por medio de la pastoral misionera. Se podría decir que, a diferencia de las dos primeras partes, ésta pone más de relieve los diversos aportes propios del autor siempre en diálogo con diferentes voces, preferentemente argentinas. Y la Cuarta Parte de la obra completa el recorrido bajo la clave de la conversión: una conversión a partir de las mediaciones

humanas y las estructuras eclesiales, orientada a nuevos vínculos y servicios. Se advierte una reflexión enriquecida sobre la Iglesia particular diocesana y las comunidades parroquiales, el fenómeno de la migración a escala local y regional, además de las relaciones entre espiritualidad y pastoral en el ámbito urbano. La extensión de la materia no permite una evaluación pormenorizada, pero se trata sin duda de una obra de referencia.

¿Cómo ponderar los diversos y valiosos aportes presentes en esta obra? Sin la pretensión de hacerlo en detalle, lo que no es posible con ocasión de esta recensión, quisiera dejar algunos comentarios finales que puedan motivar su lectura y agradecer al autor por su destreza al reunir tantos temas fundamentales para la vida y la teología de nuestro tiempo. Primero lo que observo de *novedoso* en esta publicación: “*pensar la pastoral urbana, a la luz de Aparecida, centrada en el Dios con rostro humano y urbano*” (11). Como señala el mismo autor, “este es *el primer libro de pastoral urbana escrito en la Argentina*” (15) y se realiza, además, desde una perspectiva original, testimonial y actual. Segundo, lo que considero más *desafiante* entre las propuestas for-

muladas en la obra: hacer pastoral en el cruce entre el contenido teológico y la situación histórica (cap. 1), pensar la ciudad como cuerpo real y simbólico de una comunidad (cap. 2), ahondar el talante profético de la Iglesia latinoamericana al servicio de la dignidad de las personas y los pueblos (cap. 3), discernir la ciudad como signo de los tiempos (cap. 4), asumir los desafíos de la cultura urbana (cap. 5), radicalizar la opción por las personas y sectores en situación de pobreza e indigencia (cap. 6), moverse de forma permanente a la misión (cap. 7), reconocer una espiritualidad urbana, laical y popular (cap. 8), pensar la pastoral desde/con los barrios (cap. 9), profundizar en la diversidad de las comunidades urbanas (cap. 10), ir hacia todos los alejados/as (cap. 11), cultivar la caridad pastoral como alma de la espiritualidad cristiana (cap. 12), ir al encuentro de los que vienen a la ciudad y residen en el conurbano bonaerense (epílogo). La conversión pastoral sigue siendo la clave para una nueva pastoral urbana a la luz de la V Conferencia de Aparecida; ella puede vigorizarse a partir de una comunidad en permanente misión.

VIRGINIA R. AZCUY